





LA ENFERMEDAD
y EL PODER





TANIA CRASNIANSKI
LA ENFERMEDAD
y EL PODER

Traducción de Jaime Arrambide



Crasnianski, Tania

La enfermedad y el poder / Tania Crasnianski. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo, 2018.

288 p. ; 23 x 16 cm.

Traducción de: Jaime Arrambide.

ISBN 978-950-02-0960-1

1. Historia. 2. Enfermedades. 3. Clase Política. I. Arrambide, Jaime, trad. II. Título.
CDD 616.009

La enfermedad y el poder

Título original: *Le pouvoir sur ordonnance*

Autora: Tania Crasnianski

© Éditions Grasset & Fasquelle, 2017

Traductor: Jaime Arrambide

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

Derechos exclusivos de edición en castellano para América Latina

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2018

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

1ª edición: julio de 2018

ISBN 978-950-02-0960-1

Impreso en Grupo ILHSA S. A.,
Comandante Spurr 631, Avellaneda,
provincia de Buenos Aires,
en julio de 2018.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

Índice

Prólogo. De la historia a la Historia	11
Introducción	13
Adolf Hitler y Theo Morell	21
Winston Churchill y lord Moran	55
Philippe Pétain y Bernard Ménétrel.....	89
Francisco Franco Bahamonde y Vicente Gil.....	121
Benito Mussolini y Georg Zachariae	151
John Fitzgerald Kennedy y Max Jacobson.....	185
Iósif Stalin y Vladimir Vinogradov	219
Mao Zedong y Li Zhisui	251
Conclusión.....	281
Agradecimientos	285



A Satya, Aliocha, Ilya y Arthur.





Prólogo

De la historia a la Historia

Mientras escribía mi anterior libro, *Hijos de nazis*, me impactó la relación de dependencia que existía entre Adolf Hitler y su médico personal, Theodor Morell. Así fue cómo se me ocurrió el tema de los hombres de Estado “bajo los efectos” de sus médicos.

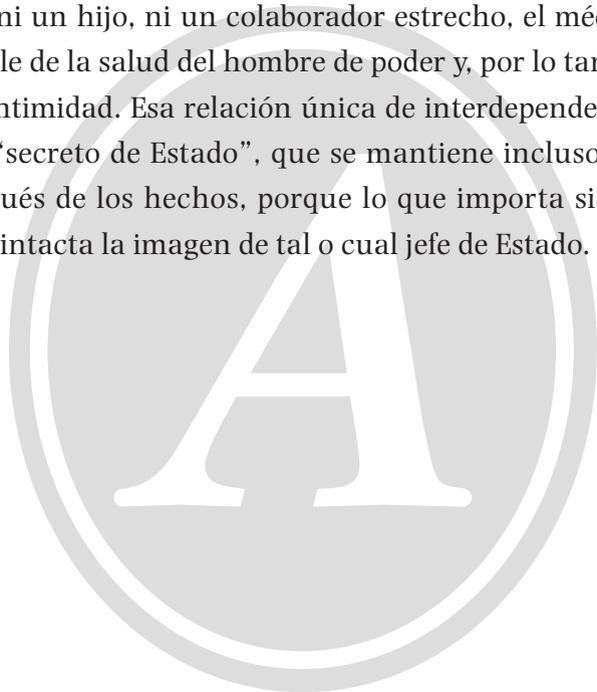
A lo largo de mi investigación, constaté que los médicos eran personajes centrales en la vida de sus pacientes. Y cuando ese paciente es un hombre de primer plano de la política, su salud interfiere en la dirección del Estado. Esa situación altera la relación de confidencialidad, de independencia y de probidad que caracterizan la relación médico-paciente. Para comprender la intimidad o la intensidad de ese vínculo, los ocho retratos incluidos en este libro describen hechos significativos que dejan al descubierto ese fenómeno.

Las historias relatadas en esta obra son particulares y el abordaje de cada una de ellas es diferente. Las fuentes de este libro son numerosas: archivos, testimonios, memorias y biografías. Las anécdotas, a veces extraordinarias y otras veces divertidas, dan vida al texto y hacen que el lector se sienta un personaje más.

Esta microhistoria remite necesariamente a la Historia con mayúsculas, pero resulta imposible relatar todos los hechos que constituyen el telón de fondo sobre el que evolucionaron esas relaciones personales. He debido contentarme con mencionarlos, y

para profundizar en ellos, el lector interesado podrá remitirse a las numerosas obras de referencia que existen sobre el tema.

Al volverme a sumergir en la vida de esos hombres que hicieron o deshicieron el siglo pasado, quedé fascinada y atrapada por la vida de sus médicos. Ya sea por ambición, vanidad, venalidad u obligación, esos médicos consagraron vida y carrera a un solo y único paciente, del que se convirtieron en su sombra. Sin ser su cónyuge, ni un hijo, ni un colaborador estrecho, el médico es el responsable de la salud del hombre de poder y, por lo tanto, comparte su intimidad. Esa relación única de interdependencia está sujeta al “secreto de Estado”, que se mantiene incluso muchos años después de los hechos, porque lo que importa siempre es preservar intacta la imagen de tal o cual jefe de Estado.



Introducción

“Difícil seguir siendo emperador en presencia de un médico, y difícil también preservar la propia cualidad humana. El ojo del médico no veía en mí más que una masa de humores, triste amalgama de linfa y sangre”, le hace decir la escritora Marguerite Yourcenar al emperador Adriano.

Los médicos personales son los únicos testigos de la intimidad y las debilidades de los grandes hombres a quienes les consagraron su vida y su carrera.

Están en la primera fila del teatro de la historia, discretos confidentes de los meandros del poder. El hombre a cuyas manos nos confiamos enteramente, desnudos y descarnados, debe ganarse esa confianza. Al médico le revelamos nuestros temores, esperanzas, desesperaciones, enfermedades físicas, mentales, los males de la edad, una simple hipocondría y nuestras carencias afectivas. Cada uno de los célebres personajes evocados en este libro necesitó la presencia de un médico a su lado. Esa “sombra” que los seguía a todas partes tienen nombre y apellido: Theodor Morell en el caso de Adolf Hitler, lord Moran para Winston Churchill, Bernard Ménétrel para Philippe Pétain, Vicente Gil para Francisco Franco, Georg Zachariae para Benito Mussolini, Max Jacobson para John Fitzgerald Kennedy, Vladimir Vinogradov para Iósif Stalin, y Li Zhisui para Mao Zedong.

El médico debe habituarse al respeto, la dignidad y el secreto. ¿Pero cómo actuar frente a pacientes que creen imposible que su estado de salud afecte sus funciones y que pretenden controlarlo, a riesgo de transformar la medicina en una obligación de dar resultados?

Por lo tanto, el primer objetivo de este ensayo es describir la relación médico-paciente y echar luz sobre la interdependencia entre dos personas. Cuando lo que está en juego es el poder, el rol del profesional médico excede sus funciones habituales, y los fundamentos de su profesión languidecen frente al imperativo de eficacia. ¿Cómo conservar la distancia crítica cuando se vive y se lucha con un paciente ilustre, ya sea en la enfermedad, el éxito o la derrota? El primero quiere mantenerse en la cima del poder, y el segundo quiere conservar su lugar bajo el sol. Inexorablemente unidos, si uno cae, el otro también. Ambos consagran su vida al poder y no están dispuestos a renunciar a él. Cada uno con sus ambiciones, sus errores y sus flaquezas.

Ambos deben hacer frente a interminables disputas intestinas. Considerados como “ángeles malos”, los médicos personales son objeto de rivalidades diversas. Su influencia no es siempre política, sino que puede ser física o psicológica, y es difícil determinar con certeza su injerencia en algunas decisiones.

¿Cómo es que esos médicos pudieron lograr esa confianza, a veces ciega, de hombres de Estado con personalidades tan complejas? “Conozco a Charles casi tan bien como él me conoce a mí”, decía Winston Churchill de su médico, lord Moran.

¿Cómo se instala esa relación? ¿Por qué tal médico en particular y no otro, quizá más calificado? ¿Se trata de una cuestión de proximidad afectiva, de un vínculo a veces cuasi filial? Algunos de ellos conocían a quien fue su médico desde la más tierna infancia,

y otros médicos fueron impuestos por el entorno del poder o aprovecharon su reputación de proveedores de drogas. ¿Los hombres de poder son más susceptibles, o sea más ingenuos, ante el influjo de potenciales charlatanes?

Íntimos entre los íntimos, relegados tras bastidores, y presentes en todos los viajes, esos médicos fueron espectadores privilegiados de la vida cotidiana de los hombres de poder. A veces han vivido en la habitación contigua a la de su paciente, listos para intervenir en todo momento y con total discreción.

El médico es un filtro al que se le adjudica una enorme influencia. Se desconfía de él o se lo usa como intermediario para lograr cualquier fin. Se los ha tildado alternativamente de confidentes, impostores, eminencias grises, almas condenadas o consejeros políticos en las sombras.

Algunos son personajes ilustres de la Historia, empezando por Rasputín, curandero del último zar de Rusia y a quien se le atribuye su caída. Rasputín es un hombre que se presta a todo tipo de fantasías, desde el tamaño de su sexo hasta el rol que desempeñó para convencer al monarca de no entrar en enfrentarse con Alemania durante la Primera Guerra Mundial. Varios de los médicos de los que se ocupa este libro fueron en algún momento calificados de “Rasputines”, y como él, con frecuencia eran impopulares y rara vez eran aceptados por el entorno más cercano del poderoso.

La misión de esos médicos: permitir que el hombre de Estado al que atendían pudiera ejercer el poder durante el mayor tiempo posible. Y antes de hacer pública cualquier información sobre su salud, debían ser analizadas todas las consecuencias posibles. Muchas veces se endulzaban o se ocultaban ciertas aflicciones, y revelar cualquier deterioro mental o enfermedad grave resultaba

impensable. Esos médicos debían mantener a toda costa en funciones a sus pacientes, y a veces se veían arrinconados entre esa exigencia, los fundamentos de su profesión y sus propias convicciones personales.

El conflicto entre el deber y el interés se hace evidente. Mientras se supone que el médico debe mantener su independencia y objetividad en el ejercicio de su profesión, en el teatro del poder la realidad es bien distinta. ¿Ocultar el verdadero estado de salud de su paciente acaso no los vuelve responsables de su accionar?

A lo largo de la Historia, numerosos cambios de régimen estuvieron ligados a la salud de su gobernante. Cabe mencionar, por ejemplo, la fístula anal de Luis XIV en 1696. Se vivía al ritmo de la enfermedad del rey, y puede decirse que su política se divide entre un antes y un después de ese hecho.

Otro ejemplo más reciente fue la Conferencia de Yalta. Mientras que hasta la caída del Muro de Berlín el orden mundial dependerá parcialmente de lo decidido en Yalta, lo cierto es que esa cumbre estuvo marcada por la decadencia física de cada uno de sus participantes. Roosevelt, que reinaba sobre el mundo, estaba física e intelectualmente muy disminuido: era una sombra. Pero con la complicidad de sus médicos, que habían hecho la vista gorda a su estado de salud, pocos meses antes había logrado obtener su cuarto mandato presidencial.

Rondaba el fantasma de la enfermedad. Pero para hacer frente a un Stalin ávido de territorios, hacía falta un presidente norteamericano en pleno uso de sus facultades físicas y mentales.

Sin ser exhaustiva, la lista de hombres y mujeres que ejercieron funciones presidenciales o ministeriales durante el siglo xx estando física o mentalmente enfermos es alucinante: Erich Honecker (Alemania), Woodrow Wilson y Franklin D. Roosevelt (Estados

Unidos), Georges Pompidou y François Mitterrand (Francia), Mohandas Karamchand Gandhi (India), Golda Meir (Israel), Háfes al-Ássad (Siria), Mohammad Reza Pahleví (Irán), Anthony Eden (Reino Unido), Ferdinand Marcos (Filipinas), Leonid Brézhnev, Boris Yeltsin (Unión Soviética), además de las personalidades de las que trata este libro.

Asimismo, un estudio publicado en los Estados Unidos en 2006 consigna lo siguiente: es posible dirigir a la primera potencia mundial con una salud mental vacilante. De los treinta y siete presidentes que ocuparon el cargo entre 1776 y 1974, dieciocho de ellos (el 49%) presentaba problemas psiquiátricos en un sentido amplio del término: sobre todo depresión (24%), ansiedad (8%), trastornos bipolares (8%) y adicción al alcohol (8%). Es una pena que ese estudio no sea más reciente: ¿qué diría de Donald Trump, el 45° presidente de los Estados Unidos?

¿Qué impacto tiene la enfermedad sobre el poder? ¿Debería ser un impedimento para ejercerlo? Cabe señalar que las patologías tal vez no siempre afecten negativamente las acciones.

En cualquier caso hipotético, el ejercicio de ese poder está subordinado a la confidencialidad, esencial cuando se trata de problemas de orden psíquico o de adicción a las drogas o el alcohol. El secreto es necesario y condiciona la calidad de la atención médica a la que se tiene acceso. Ningún político le revelaría sus males a un médico si pensara que podrían ser divulgados y dañar su reputación. ¿Ese silencio debe cesar tras la muerte del paciente o de sus familiares cercanos? ¿Ese silencio se impone de la misma manera cuando se trata de personas con poder? ¿Cómo conciliarlo con el interés de la opinión pública y el interés histórico?

El secreto médico es el cimiento de la relación entre un enfermo y su médico. El juramento hipocrático, código de ética que

se remonta al siglo IV antes de Cristo, obliga a quien cura a no revelar al mundo los males que sufre su paciente. “El secreto profesional, instituido en interés del paciente, se impone a todos los médicos en las condiciones establecidas por la ley. El secreto cubre todo aquello de lo que se haya enterado el médico en el ejercicio de su profesión, vale decir, no solamente lo que le han confiado, sino también todo lo que ha visto, escuchado o comprendido”, estipula el código de salud pública de Francia, y toda violación a ese secreto constituye un delito penal.

Pero esa obligatoriedad varía según los países. En el derecho anglosajón de Gran Bretaña, el secreto puede levantarse con autorización del paciente o si las informaciones reveladas son “de interés público”. En los países donde la ley se deriva del derecho romano, ese secreto es considerado general y absoluto, incluso después de la muerte del paciente. Sin embargo, en 1996, cuando Francia prohibió la publicación del libro de Claude Gubler, el médico del presidente François Mitterrand, donde revela que el presidente francés sufrió de cáncer durante sus catorce años al frente del gobierno, el Tribunal Europeo de Derechos Humanos falló en contra de ese país, en nombre del interés público. Un veredicto próximo al derecho anglosajón: se puede derogar ese secreto en nombre de la libertad de expresión y del interés público que tiene ese debate con relación a la Historia. Todo remite entonces a una cuestión de interpretación. El carácter absoluto del secreto se flexibiliza cuando se trata de personajes políticos y sus médicos se ven tironeados entre su juramento hipocrático y el interés público.

La salud de esos hombres de Estado tiene sin duda un impacto sobre la Historia, ¿pero qué influencia personal o política tiene el médico que está a cargo? ¿Cómo preservar los deberes inherentes

a la función médica? ¿Esa función médica es independiente de los engranajes del poder? Hitler, Churchill, Pétain, Franco, Mussolini, John F. Kennedy, Stalin o Mao deseaban la presencia de un médico de confianza a su lado, ya fuese a causa de su hipocondría, de su edad o de sus enfermedades. Fue gracias a sus médicos que esos hombres de poder pudieron mantenerse en tan altas funciones. La dependencia podía ser física o psicológica, ya que los médicos ocupaban el rol de confidentes de las derrotas y triunfos, o de guardianes de un secreto de Estado. Finalmente, para los líderes adictos a las drogas, esos médicos cumplieron la función de proveedores.

A veces indispensables, algunos de esos médicos hicieron uso y abuso de su posición. ¿Tenían alternativa, sabiendo que estaban en constante peligro de ser expulsados, destituidos o lisa y llanamente ejecutados?

Esos médicos abandonaron a su clientela habitual para consagrarse a un único paciente. Nadie del entorno de este último puede jactarse de tener un vínculo tan intenso.

También se ha dicho que ya fuese por codicia o por necesidad, al menos esos médicos tenían la reconfortante certeza de que se harían ricos. En la historia contemporánea, ese no ha sido siempre el caso. Algunos renunciaron a cobrar honorarios, otros vieron naufragar sus esperanzas de prosperidad en las aguas de la derrota bélica o por haber caído repentinamente en desgracia.

Otras veces se les apunta con el dedo y se los acusa de mentirosos, traidores o negligentes. ¿Por qué se espera de ellos lo peor, envenenamientos y desfalco a los ancianos? ¿La salud debe permanecer en la esfera de la vida privada o compromete al país todo? En los países democráticos solemos creer en lo segundo, pero esa era una noción ajena o diluida en el universo comunista. Bajo Stalin, lo que sabían los médicos sobre el estado de debilidad del

líder soviético ya era sinónimo de ejecución. El médico de Mao recuerda que la vida del Gran Timonel dependía de él, pero que muchos de sus detractores también podían reprocharle estar haciendo demasiado para salvarlo...

El ascendente que tenían esos médicos solía ir a la par de la evolución de los acontecimientos históricos. Algunas decisiones felices o desafortunadas pueden atribuirse al estado de salud de quien las tomaba. Todos esos médicos le tomaron el gusto al poder y en algún momento de su vida dijeron: "Entregué todo por él". Y todos ellos dejaron su rastro en la historia secreta de sus países.

Algunos médicos consideraron que era necesario dejar constancia para la Historia de la salud y la intimidad de su paciente. Algunas de esas obras se convirtieron en best-sellers, como el libro de lord Moran, el médico de Churchill, o de Li Zhisui, médico de Mao. Otras, como la de Georg Zachariae, médico de Mussolini, y la de Vicente Gil, médico de Franco, pasaron más inadvertidas.

Esos mismos médicos también han sido a veces sujeto de biografías, ya que el influyente lugar que ocupaban suscitaba curiosidad, frente a todo tipo de leyendas y rumores. Ese es el caso de lord Moran o de Bernard Ménétreel, el médico de Philippe Pétain.